

DISCURSO
PARA EL DÍA 8 DE MAYO.

VISITACIÓN

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—El misterio de la Visitación descubre los oficios de caridad confiados á la mujer cristiana.

SUBDIVISIONES.—1. Historia de esta caridad.—2. Ejercicio y forma de la misma caridad.

PUNTO SEGUNDO.—Modo de cumplir los oficios de caridad á ejemplo de María.

SUBDIVISIONES.—1. Con diligencia.—2. Con valor y perseverancia.

Exurgens Maria, abiit in montana cum festinatione, in civitatem Juda; et intravit in domum Zachariæ, et salutavit Elisabeth.

Levantándose María se dirigió presurosa por la montaña á la ciudad de Judá; y entrando en casa de Zacarías, saludó á Isabel.

(Luc. 1, 39, 40.)

ESTÁTICO de admiración contemplaba San Ambrosio esta célebre visita, con tantos misterios, profecías y milagros señalada, describiendo con toda la riqueza de su elocuente decir lo que pasó en la entrevista de las dos ilustres Madres, de las que la una dió á luz al mayor de los hijos de los hombres, y la otra á un Dios hecho hombre para la salvación de todos. Isabel, dice este mismo Padre, es la primera que oye la voz de María; pero Juan se adelanta á sentir la gracia de Jesucristo; aquélla se regocija por la Visitación de la Virgen Santísima, y éste por la Visitación del Hijo del Eterno. Las dos Madres publican fuera las maravillas de la gracia, mientras los dos Hijos toman parte dentro en lo que la misma gracia opera. María é Isabel, animadas interiormente del espíritu de sus hijos, convierten sus pláticas en una serie no interrumpida de profecías y de oráculos.

¡Qué provechosa instrucción pueden suministrarnos estas maravillas! Gustoso me detendría en enumerarlas, si el empeño fuese proporcionado á mis fuerzas y al espacio de que puedo disponer. Mas no

siéndome posible cumplir mi deseo, me limitaré á tomar de la abundante materia que el misterio de hoy nos ofrece, un solo punto que por ser práctico puede suministrarnos mayor provecho. Pienso hablaros de la *Caridad*; no de la caridad en común, sinó de la especial de que María fué la primer maestra, después de Jesucristo, y de que hoy nos presenta un magnífico ejemplo; quiero decir, de la caridad particular que debe ser el empleo y principal ocupación de la mujer cristiana, manifestándoos: 1.º Que el misterio de la Visitación nos descubre los oficios de caridad confiados á la mujer cristiana; y 2.º Cómo han de cumplirse estos oficios de caridad.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN DESCUBRE LOS OFICIOS DE CARIDAD CONFIADOS A LA MUJER CRISTIANA.

La caridad fué desde el principio, y debe ser siempre, la virtud principal, la virtud por excelencia de la mujer católica. El Evangelio nos enseña que Jesucristo permitía á las santas mujeres atender á las necesidades de su vida terrenal, y de la de sus discípulos. San Pablo celebró la caridad de las piadosas mujeres que en Corinto, en Efeso, en Roma, y en otras poblaciones en que principiaba á fundarse el cristianismo, se mostraban llenas de misericordia hacia los hijos de los Santos. En los hechos de los Apóstoles y en la historia eclesiástica observamos que en todo tiempo hubo en la Iglesia mujeres virtuosas que se consagraron á los ejercicios de la caridad cristiana, sirviéndose frecuentemente la Providencia de su ministerio para socorrer á los fieles en tiempos de persecución, puesto que con su generosidad dulcificaron las amarguras de un largo destierro, mantuvieron á las viudas y huérfanos, socorrieron á las familias que padecían por la fe, favorecieron su ocultación y acudieron á remediar las necesidades de los débiles. Al mismo tiempo se las ve ejercitar el apostolado en los calabozos, suavizando la ferocidad de los carceleros, penetrando en lo más hondo de las mazmorras para cubrir los fríos y ensangrentados miembros de los generosos atletas que padecían por la fe. Véelas luego proporcionar medios á los pobres voluntarios que habían abandonado sus propios bienes por seguir á Jesucristo, llevando por sí mismas limosnas abundantes á los solitarios de la Tebaida. Y bien mirado, ¿á quién debemos la mayor parte de nuestras basílicas? ¿Quién ha contribuído más á la fundación de iglesias, monasterios, y particularmente hospitales? Las emperatrices, las reinas, las señoras ricas, y otras que, sin serlo, se hallaban animadas del espíritu religioso, fueron los primeros y más activos móviles del en-

grandecimiento del culto y del socorro permanente de los necesitados. Todo el mundo sabe la admirable cooperación que prestaron y prestan las mujeres á las caritativas empresas de San Vicente de Paul.

La mujer católica ha sentido en todas épocas tal inclinación á los ejercicios de caridad, que, semejante á María su modelo, ha dejado su casa, su patria y parentela, atravesando montes para ir á ejercer esta sublime virtud, bajo diversos nombres, en todas las regiones del globo.

¿Habéis entrado alguna vez, H. M., en esos asilos piadosos que la ingeniosa caridad de San Vicente de Paul instituyó para recoger los desgraciados frutos del libertinaje, dando madre á los pobres niños á quienes sus madres naturales abandonan? Si no habéis visitado tales sitios, venid conmigo y observad. Poned oído á los débiles lloros, examinad esas cunas. ¿Quién de vosotros se resolvería á pasar algunas horas solamente en medio de los gemidos de dolor, de las tempranas lágrimas que aquí se vierten? ¿Quién se resolvería á encargarse de los cuidados, tan repugnantes como numerosos, que reclaman estas pobres criaturas, desamparadas, abandonadas de todo el mundo? ¡Desamparadas! ¡Abandonadas! Cometo una injuria al expresarme así. Perdonad; me he equivocado. Aquí nadie está ni abandonado ni desamparado, porque junto á ellos vela la caridad cristiana con la solicitud y angustias de una verdadera madre. ¡Ah! ¡Cuán asombrosa, cuán interesante se deja ver en este sitio, más que en ningún otro, esa nobilísima virtud del cristianismo, que consagra las vírgenes que pueblan estos santos edificios, únicamente para hacerlas adoptar más hijos, para entregar su cuerpo á mayores trabajos y abrasar su corazón con más ardiente llama! Todas esas pobres criaturas parece os están diciendo con su tranquila mirada: Mi padre y mi madre, inhumanos y crueles, me dejaron: *Pater meus et mater mea dereliquerunt me;* mas el Señor tuvo piedad de mí, confiándome á corazones tiernos y compasivos que me cuidan con amor: *Dominus autem assumpsit me.* ¡Cuán admirables me parecen esas santas jóvenes que, después de haber prodigado á los pobrecitos todo el cuidado que requiere su bienestar; después de haber calmado su aflicción y llamado el sueño á sus párpados, se arrodillan junto á su cuna y oran á Dios, pidiéndole conserve y bendiga á los que ellas llaman hijos suyos! ¡Cuán amables se ostentan esas caritativas religiosas cuando, al despertar el niño, lo toman sonriendo y lo estrechan contra su corazón, prodigándole besos y caricias! ¡Cuán llenas de gozo se muestran cuando, á fuerza de esmero, han hecho creer á esas desdichadas criaturas, que crecen á la sombra del amor, que son verdaderas madres de ellos! ¡Cuán ansiedad demuestran cuando, más tarde, siguiendo con la vista á sus hijos adoptivos, observan la senda de la vida que tienen que recorrer! ¡Cuán se esfuerzan en no confiarlos sino á manos virtuosas, poniendo á salvo del vicio su frágil existencia!

Ved en esa aldea solitaria ese modesto edificio donde todo respira

orden y pulcritud: ahí habitan las buenas Hermanas, os responderá, si lo preguntáis, cualquier vecino á quien encontréis. En efecto; ahí habitan las religiosas que la Providencia ha enviado en auxilio de estos pobres labriegos. Entremos en esta sala y veremos á una de las religiosas sentada en medio de una multitud de niños que tienen su libro abierto en la mano, y que á cada instante levantan la vista para fijarla en su caritativa maestra. El dulce mirar de ella, su aire modesto, su compasiva bondad, se han atraído el cariñoso respeto de esta numerosa reunión de pobres, á quienes consagra su juventud, su robustez, su vida entera. Abandonó una familia que la amaba, en el seno de la cual hubiera podido pasar una vida apacible, brillando en el mundo por su encanto, su talento, y tal vez por su fortuna. Comprendiendo que la estaba mejor trabajar por el bien de su prójimo, lo deja todo, incluso su porvenir, para consagrar su persona á la enseñanza de los niños pobres, cambiando completamente el género de vida, hasta acomodarse al lenguaje infantil y á su débil capacidad, así al instruirlos, como al corregir, con una paciencia de ángel y una admirable dulzura, sus groseras faltas. ¡Oh! ¡Cuán abnegación, cuán duros sacrificios se necesitan para pasar la vida de este modo, oculta en una desconocida aldea, en un rincón oscuro del campo, volviendo á empezar todas las mañanas, no obstante su fastidiosa monotonía, un trabajo insípido, ingrato y enojoso! Preciso es que esa caritativa Hermana sea bendita del Señor, pues que está olvidada de los hombres. En esta vida prosáica no se ocupa en otra cosa que en trabajar, dar consuelo y orar por todos. ¡Con cuánta dulzura, con cuánta bondad lleva esa vida de abnegación y de sacrificio! *La humilde Hermana de las escuelas* no se apartó de las delicias de una vida tranquila y descansada, sino para desmontar un suelo ingrato, devorando los disgustos inseparables de una profesión pobre y penosa. Y con todo, vosotros la llamaríais soberana de un pequeño estado, reina colocada á la cabeza de un territorio corto, pero bien poblado de súbditos. Tened, sin embargo, presente, al considerarla en tal categoría, que esos súbditos son casi todos indóciles, atolondrados, ignorantes, perezosos, y más de una vez, groseros ó desatentos, al paso que quien los gobierna é instruye es una religiosa, una humilde Hermana, tímida y sencilla, que no tiene otra fuerza que la que le comunica su angelical dulzura; esa mujer pobre y modesta, cuya política se reduce á confiar en Dios, á quien ha prometido con voto ser la madre de todos esos niños, consagrándoles toda su solicitud, su reposo, sus vigiliyas y sus oraciones.

¡Oh prodigios de la caridad cristiana, siempre condescendiente, siempre sufrida, siempre laboriosa y resignada! Ahí, en la conducta de esas caritativas Hermanas de las escuelas, hallaréis frecuentemente, políticos del mundo, el modelo del más sábio gobierno, así como de la sociedad más bien ordenada. Ahí, filósofos del siglo, conoceréis en lo que consiste la verdadera filantropía, ó sea el verdadero amor á los hombres. De todos los medios de trabajar en bien del pue-

blo, el más seguro y eficaz es el de educar la juventud en el amor al trabajo y á las acciones virtuosas. ¿Qué importa, en efecto, que escribáis en vuestros libros páginas brillantes sobre la moral? ¿No habéis caído en la cuenta de que los libros por sí solos son impotentes para corregir los corazones? Los legisladores dictan leyes en vano, porque las leyes carecen de poder para hacerse ejecutar. En vano los magistrados se muestran severos en los castigos que imponen al crimen, porque no pueden hacer que desaparezca la perversidad del corazón. Lo que sobre todo necesita la sociedad son buenas costumbres; son virtudes, respeto á la propiedad y á los mayores, amor al trabajo y hábitos de orden. ¿Y quién puede inspirar tales sentimientos? La solícita y caritativa Hermana de las escuelas, que es la que trabaja en su modesta esfera, con sinceridad, ahinco y rectas intenciones. Aquí, protegidos por las alas de este ángel, todos saben amar, porque comprenden que no pueden dejar de corresponder con amor á quien les ama. Aquí, bajo ese cetro pacífico, los súbditos se hacen sencillos, dóciles y respetuosos. Aquí, en fin, se preparan las buenas costumbres de que dependen la paz de la sociedad y la felicidad de las generaciones.

Angeles de las escuelas, guiad siempre á esos niños, hijos del pueblo; cubridlos con vuestras alas, mostradles la senda del bien, enseñadles á apreciar la virtud, á practicar la beneficencia y amar el trabajo. Si un día son felices, á vosotras deberán su dicha. Sus madres os bendecirán y el Cielo os dará la recompensa.

Fijad ahora la vista en una ciudad populosa, y veréis caminar por sus calles una joven cuya mirada parece anticiparse á lo veloz de su andar. ¿Por qué tanta impaciencia? No vuelve los ojos ni á uno ni á otro lado: indudablemente la preocupa algún poderoso pensamiento. Su exterior revela una majestuosa sencillez. ¿A dónde vá? ¿Por ventura á algún espléndido sarao, ó á alguna apetecida diversión? Yo la sigo con curiosa vista desde lejos, y observo que, como recatándose, entra en una extraviada callejuela y atraviesa el umbral de una casa, cuyo aspecto está diciendo que se alberga allí la necesidad. Un niño sale á recibirla; un niño de corta edad, que, sin embargo, es el mayor de la familia. En cuanto distinguió á la bienhechora Hermana, dejó escapar una exclamación de gozo, junto con una dulce sonrisa, suspendiendo los sollozos. ¡Ya viene! grita, y á esta voz acuden precipitadamente los demás hermanos y rodéanla con el mayor respeto. Todos los niños la agasajan; ¡la conocen tanto! Es la que con muchísima frecuencia les ha traído recursos con que satisfacer el hambre y aliviar su miseria. Entra la señora con este cariñoso séquito en un aposento oscuro y angosto, donde yace en pobre cama, enfermo y triste, el padre de esos niños. Pocos momentos antes todos le pedían pan, y él, por toda respuesta, dejaba ver una gruesa lágrima que humedecía sus párpados. Como desde que el pobre jornalero había enfermado no podía ganar el alimento de su familia, miraba alternativamente á su esposa y á sus hijos con el corazón agobiado de pena. La

madre, supliendo el silencio de su esposo, respondía á los hambrientos niños: «Hijos míos, aguardad un poco más, y pedid á Dios socorro, que de seguro no nos faltará.» Poco después se presenta la Hermana de la Caridad, trayendo la confianza y la vida á aquella casa que el mundo desconoce.

Pasemos á otro barrio de la población. ¿Observáis en lo más hondo de ese callejón una humilde, pero limpia casa? Es el asilo de las Hermanas de la Caridad domiciliaria, que se ocupan todo el día en llevar socorros á las casas, visitando á los enfermos, suministrando remedio á los indigentes, dando consuelo al anciano que no puede valerse, y recorriendo los patios y desvanes donde habita la miseria, para dejar en todas partes beneficios, acompañados de palabras de paz y de consuelo.

Todo el mundo las conoce; todas las bocas las bendicen. ¡Oh! ¿Quién, en efecto, no ha de admirar estos ángeles de la tierra, que parecen bajados del Cielo para calmar los dolores y dulcificar los padecimientos? No nos vengáis vosotros, hombres del mundo, no nos vengáis ensalzando los héroes cuyos nombres habéis inscrito en el templo de la gloria; porque mayor admiración nos causa, y más digna nos parece de elogios la sencilla Hermana de la Caridad, que todos vuestros guerreros, vuestros príncipes, vuestros sabios y vuestros artistas. Esta, sin estruendo, sin brillantez, sin aspiraciones de gloria y sin orgullo, se sacrifica al alivio de la humanidad; apartada de los placeres para llevar una vida penosa y llena de trabajos; apartada de una vida quieta y pacífica, para vivir en medio de continuos combates é incasantes alarmas; apartándose, quizás, de los salones de la opulencia y de una mesa opípara para venir á comer el pan del mendigo, después de visitar la triste buhardilla del pobre. Semejante la Hermana de la Caridad domiciliaria á uno de esos riachuelos de corriente pura que, sin ruido, sin formar cascadas, atraviesa la llanura, regándola y fertilizándola, pasa ella su vida en hacer bien, ignorada del mundo, sin ostentación, y apenas conocida sinó de los que consuela. Recio calzado oprime sus delicados piés, que se cansan de andar llevando socorros á todas partes, y groseras tocas ocultan muchas veces una extraordinaria belleza. No ha querido unirse en matrimonio á ningún hombre, con el fin de mantenerse más desembarazada para sacrificar su reposo y todo su tiempo. Ha renunciado á tener hijos, para poder servir de madre á todos los que de madre carecen, ó por su madre han sido abandonados. Se niega á las afecciones codiciadas del hogar doméstico, para buscarse hermanos, hermanas y parientes en todos aquellos que tienen necesidad de su cariño. Así es como la Hermana de la Caridad domiciliaria viene á ser la bienhechora de la sociedad.

¿Y quién ignora los servicios que prestan á los enfermos en los hospitales esas admiradas religiosas que agotan cuanto Dios les ha comunicado de salud, de robustez, de fuerzas y de generoso amor? Lo que á otras mujeres melindrosas provocaría náuseas, las llagas y en-

fermedadas asquerosas, las dolencias más repugnantes, son lo que estas caritativas Hermanas han elegido para patrimonio suyo como parte de su herencia.

Colocadas en el centro de nuestras poblaciones, para estar más dispuestas á ofrecer pronto socorro á nuestros males, cierran la puerta de sus religiosos asilos á los vanos discursos, á las recomendaciones y elogios del mundo, no abriéndolas sinó al dolor, y no acogiendo con gusto sinó á la enfermedad, principalmente á aquella que proviene de la extrema miseria, y por lo mismo queda desamparada, sin tener un rincón siquiera para gemir y lamentarse.

¡Ah! ¿quién es capaz de describir la piadosa ternura de que las Hermanas de la Caridad rodean al desgraciado? ¿Qué corazón hay cuya amargura no dulcifiquen sus suavísimas palabras; qué padecimientos que no se alivien, por lo menos, con sus cuidados y solicitud? ¿Qué alma hay que, en el momento de salir de esta vida, no se sienta penetrada del aroma de sus oraciones? Permaneciendo doncellas para amar más, se desposan estrechamente con todos los dolores que afligen al género humano. Toda su alegría consiste en darla á los que están tristes, y en prolongar el penoso trabajo del día, pasando la noche en oración, junto á la cabecera del enfermo que agoniza, hasta haber enviado al Cielo su último suspiro.

¡Gran Dios! ¡Qué tesoros de caridad se encierran en tales corazones! ¡En ese martirio pasan su vida estos ángeles de la tierra, oyendo sin cesar los gemidos de sus hermanos, condescendiendo con sus importunidades, y aliviando sus dolencias! ¡Qué vida de sublime abnegación, de perfecto y piadoso sacrificio la de esas benditas Hermanas!

Entremos un momento, cristianos oyentes, en cualquiera de esas casas construídas por la caridad católica para albergue de todos los padecimientos físicos que molestan á la raza de Adán desde que el pecado trajo la muerte al mundo; penetremos en una sala de esa grande hospedería de las miserias humanas, y contemplemos la mujer que está velando á la cabecera del enfermo. ¡Cuánta dulzura! ¡Cuán grande atención pone, y cuán cuidadosa se muestra en la asistencia del doliente! Sus delicadas manos nunca ociosas, ó levantan con una fuerza que de ellas no debía esperarse, el cuerpo del paciente, insensible casi por la fatiga á los más agudos dolores, ó mientras aguardan cuidadosamente á que despierte, pasan con devoción las cuentas del rosario. Diríais que la persona que yace en ese lecho de dolor, es la que más ama en el mundo la mujer que de ella cuida; y sin embargo, preguntad á ésta el nombre del enfermo á quien con tanto celo y tan cariñosamente asiste, y os desengañaréis de que la piadosa Hermana ignora de todo punto á quién sirve, bastándola saber que el desconocido pertenece á la gran familia humana, y es un necesitado que vino hace algunos días padeciendo. Ni la ha ocurrido siquiera el pensamiento de informarse de su nombre, ó de su familia. El desgraciado no puede tener junto á su lecho, en la extrema necesidad en

que se encuentra, ni á su querida esposa, ni á su tierna hija; pero tiene quien las reemplaza en los cuidados y en el cariño, viéndose asistido por la Hermana con igual interés y con la misma abnegación. Lo propio hará esta mujer piadosa en todos los casos, pues ha consagrado su existencia entera á vivir en medio de enfermos, de moribundos, y de muertos. A esta ocupación sacrifica su juventud, su robustez, sus esperanzas, sus gustos, y hasta su familia, abandonándolo todo para servir á los que el mundo rechaza ó abandona. Este sér caritativo sabe palabras que alivian todas las dolencias, y ha enseñado sus manos á enjugar todas las lágrimas. Allí donde hay un bien que dispensar, allí se la encuentra siempre.

En el recinto de las poblaciones hay un lugar de aspecto sombrío é imponente donde algunos hombres, triste desecho de la humanidad, inficionados de vicios, condenados por las leyes, separados de la sociedad que los arroja de sí, viven melancólicos y solitarios. Penetremos también en el interior del edificio donde moran la tristeza y el remordimiento; pasemos por esas puertas de hierro con triples cerraduras, por esas tupidas verjas, y entremos, al fin, en uno de los calabozos húmedos y oscuros, morada constante del desgraciado á quien la justicia guarda allí. Vedle echado en tierra, pálido, flaco, lánguido y entumecido por el peso de las cadenas que no le permiten moverse, dejando ver una lágrima en sus ojos. El aire y el alimento le son suministrados con medida, así como la paja que le sirve de lecho. Su vista no tiene otro horizonte que las cuatro paredes, y á sus oídos no llega otra armonía que la ronca voz del carcelero, el ruido de sus cadenas, y el chirrido de los goznes de la puerta, la pocas veces que sobre ellos gira. Tales son los padecimientos de su cuerpo, mientras su alma experimenta otro género de tortura. El remordimiento de sus pasados crímenes le destroza, como un buitre, las entrañas. Acuérdate de su pobre madre que por él llora, deseando volver á ver al que mira como apoyo de su ancianidad; de sus hermanas, cuya fisonomía pura é inocente está fija en su memoria, como reprendiéndole el no haber querido participar de las virtudes de la familia. Piensa en las fiestas de su pueblo, en las diversiones á que se entregan sus compatriotas, apeteciendo entonces la vida laboriosa del campo, y echando de menos la iglesia á donde los días festivos concurrían.

Entretanto ignora la suerte que los tribunales le reservan; no sabe si vivirá ó si perderá la vida en un cadalso. Asáltale frecuentemente la duda, y se pregunta con interior agitación: ¿Volveré á mi tierra, veré otra vez mi casa, abrazaré á mis amigos? Esta incertidumbre pudiera darle á conocer otra duda en la que él no cae. ¿Tendré fuerzas suficientes, podría preguntarse á sí mismo, para sobrellevar estos padecimientos físicos y morales á que estoy sujeto? ¡Desgraciado! El mundo parece olvidarle, mientras hace resonar á lo lejos el ruido de las fiestas y de las diversiones en que se entretienen los que gozan de libertad. Nadie se acuerda de él, ni nadie, aunque se acuerde, le ha de consolar; porque sus parientes y amigos nada pue-